

PARA UNA TARDE DE MAYO

A Valentín Arteaga



aldepeñas era un ascua de mayo en el bochorno de oro, tarde rota en los geranios, hilos de plata habían tejido sueños y sauces en la orilla, la calma y el espacio atestado por vegetal presencia de todas las salas de espera -estaciones al olvido pintadas por el dardo azul de las camelias, sortija de polvo para el llano y espiga de viento en la llegada.

Y llegó Valentín en aquel calor sin duda alguna, con ecos de llanto, tambores de nocturno (tiempo que la tormenta prometida se hacía espejo y mirada imperfecta de las ventanas o el gato -cazador milenario- jugaba al escondite con un fuego fátuo.

Valentín me regaló un libro de poesía aquella tarde: "Y aún no había raíces", todo él aleteando diminutos espejillos, anillitos forjados en las vetas más profundas de la plata, se escuchaba el chapoteo de los cisnes y el mecerse de los barcos anclados en el puerto azul de los jarrones.

Y resquebrajó el suspiro y el silencio, su palabra, referida a lo imposible, lo utópico, lo prohibido, la hierba que crece sin permiso en las junturas de los libros de leyes, y la lluvia, íntima y sola, cayendo por los bancos abrasados de los parques, mojando el sueño tiñendo la caricia oscura de los tulipanes; lluvia de agua, de sangre, de leche, fecunda; y la tierra allí, libre, gritando sonetos en la espera, rotunda y calma, en el espejo cruel del tierno llanto.

Antonio PRIETO